

F.F.
Por David Torrejón

Abrumado contemplé aquellas tres enormes cajas de cartón apiladas en el exiguo recibidor de mi apartamento. Mi desolación no procedía en exclusiva de su engorrosa presencia sino, sobre todo, de pensar que en ellas estaban encerrados dieciocho años de mi existencia y, aún más, de imaginarme el inevitable, agotador y hasta doloroso proceso de selección que debería ejercer sobre su contenido.

Lo que había en su interior era ya de por sí una depuración de aquellas pertenencias mías que habían permanecido en la casa paterna después de emanciparme. Mis padres, una vez jubilados, acababan de vender el gran piso de Madrid para trasladarse a la costa. Yo les había animado a ello, pero ahora, a la vista los efectos negativos que sobre mí tenía su decisión, me lamentaba de haber sido tan convincente.

Lo cierto es que, en el momento de abrir la primera caja, me propuse, casi me exigí, no caer por el precipicio de la melancolía.

Un par de horas después, el trabajo estaba terminado. En las dos cajas destinadas a la basura se apretaban libros de texto, apuntes, revistas, algunos fetiches inservibles (una válvula vieja de televisor, puntas de dardo sin usar, cargas de una pluma inexistente, un auricular de radio anticuado, una colección de piedras...), mientras que en la que acogía a los indultados se daban la mano la correspondencia recibida en la infancia y la primera juventud, algún diploma, objetos pequeños que no ocuparían demasiado y otra buena cantidad de cachivaches (una maqueta de barco a medio terminar, un trozo de cráneo supuestamente humano, una estrella de Mercedes Benz...) que podrían haber acabado igualmente en las cajas de desechos pero que, por un singular y absolutamente arbitrario proceso mental, habían obtenido el salvoconducto.

Arbitrario o no, el trabajo estaba terminado. Me lavé las manos que sentía corroídas por el polvo de los años, y me tumbé en el sofá con el fajo de las viejas cartas como objetivo para los siguientes minutos. Hasta ese momento había sido capaz de mantener cierta frialdad de cirujano, de mantenerme lejos de la traidora nostalgia, si bien había sentido claramente cómo ella, con su impertinencia habitual, me lanzaba delicados mordiscos a las entrañas. No obstante, una vez finalizada la tarea, me sentía libre para enfrentarme a mi pasado más remoto. La mayoría de los corresponsales eran amigos que no solían pasar de las postales de vacaciones.

También había cartas de los abuelos y de mis primeras novias. Fui repasándolas sin necesidad de leerlas. En realidad tenía la sensación de haberlas recibido ayer. La memoria sufre extrañas transformaciones con el paso del tiempo. A mis 40 años empezaba a recordar ciertos capítulos lejanos de mi vida notablemente mejor que las aventuras del verano pasado. Por eso me sorprendí tanto al toparme con un manojito de sobres con el marco azul y rojo del correo aéreo y franqueados por La Poste francesa. Aunque intuía su origen, una especie de niebla espesaba mi memoria, una niebla tras la que intuía un cangrejo enrocado. Examiné el remite de una de ellas: Michelle Lesuisse. Michelle...por supuesto. Probablemente mi memoria había bloqueado ese capítulo en un acto de auto protección. Michelle..., la francesa. Empecé a recordar ayudándome de la lectura de las cartas. Estaban en español de aprendiz. «Holá! Me llamó Michelle y he recibido su direccion del instituto Hispano Francés que me dice que usted quiere escribir con chicas francesas para practicar francés. Yo quiero practicar español, entonces usted me puede escribir en francés y yo en español. ¿De acuerdo? Tengo quince años, me gusta mucho el arte y cuando acabe el bacaloreato estudiaré arte en la Sorbonne...»

El loco de Lázaro, seguro que fue él quien le dio mi nombre, aunque nunca conseguí que lo confesara. Quince cartas fueron el fruto de esa broma. Fui leyendo trozos al azar de unas y otras y, al mismo tiempo, recordando detalles de esa relación epistolar. «Tú –ella aprendió a escribir en segunda persona antes que yo en francés en la tercera– dices que no entiendes el arte abstracto. Yo creo que eso es el problema porque el arte abstracto se siente, no se entiende. Yo conozco que hay un punto en que el arte abstracto es como la poesía. La poesía surrealista, Breton por ejemplo, no es entendida, es sentido». No estaba nada mal para una chica de quince años, pensé, y me dio una cierta vergüenza retrospectiva al imaginarme la altura intelectual de mis repuestas en aquella polémica.

Naturalmente, no todo lo que nos decíamos era de ese aire tan intelectual. «Yo también amo mucho el baloncesto. Seguro que si practicas mucho podrás jugar en un grande club. Yo juego tenis, mucho mejor porque soy bajita. Ja!».

A lo largo de un año nos escribimos casi dos veces al mes, lo que sin duda supuso una gran mejora para mi francés y, sobre todo, me permitió descubrir que el mundo estaba lleno de gente con la que se podía hablar de cosas diferentes al

deporte, las chicas, la televisión o los cómics. Probablemente algo parecido le ocurría a Michelle.

Al llegar al último sobre noté al tacto que dentro había algo más consistente que papel de carta, y enseguida supe de qué se trataba. «Muchas gracias por tu foto. Esta es la sola que tengo, porque no me gustan mucho. No soy bien en las fotos».

Esa era la posdata de la última carta. La foto mostraba el rostro de una muchacha que se alejaba por completo de la imagen tópica que un chaval de dieciséis años podía tener de una francesa en los primeros Setenta: una mezcla imposible entre Brigitte Bardot y Mirelle Mathieu. Michelle era una chica menuda, de pelo corto y negro, ojos marrones empujados por cristales que corregían una miopía considerable. Podría haberse dicho que tenía carilla de chino, si no hubiera sido por su nariz demasiado grande, que resaltaba al emerger del marco estrecho que le ponían las gafas redondas a modo de Groucho Marx.

Enseguida comprendí por qué mi memoria había eliminado selectivamente aquel capítulo de mi vida. EL cangrejo salió de su escondrijo y sentí el sabor agrio de una vergüenza que llevaba 20 años oculta en mi interior. Todos cultivamos una imagen propia idealizada que solemos defender sin mucho esfuerzo de los ataques que le lanzamos con nuestras torpezas. A diario hacemos hábiles ejercicios mentales por los que una obsesión estúpida se convierte en una manía simpática, un ataque de ira en la respuesta a una inmerecida agresión, o una decisión no del todo justa en una defensa lógica de los intereses de los nuestros. Cuando ya no hay más argumentos para nuestros errores o arbitrariedades solemos justificarnos con un "todos somos humanos" por el que nos sumamos imaginariamente a la masa, esa masa que, cuando nos conviene, consideramos deplorable.

La verdad es que yo tenía una salida fácil en aquel momento: Habían pasado tantos años desde ese error que prácticamente se podía atribuir a una persona distinta, a alguien que ya no existía. Y, sin embargo, ocurrió lo contrario, me dolió más que si lo hubiese cometido una hora antes. Quizás porque hasta entonces mantenía la convicción de que la adolescencia es la etapa del idealismo, de la pureza de sentimientos, de la denuncia de la injusticia. Al menos tenía el convencimiento de que yo había sido así siquiera una vez. Ninguna de las justificaciones que encontré me consoló, ni siquiera la única real: el adolescente es tremendamente cruel, abusivamente exigente con la belleza corporal y muy vulnerable a las

opiniones de su grupo. Era evidente que después de recibir aquella foto yo no había podido seguir sonriendo con falsa modestia cuando mis amigos se referían a mi novia francesa, máxime cuando Lázaro empezó a ironizar sobre que la B.B. de Luis había resultado ser F.F. (Francesa Fea). No había dudas de que me había comportado de una manera despreciable con un ser humano que había confiado en mí y al que había pagado con un desprecio muy doloroso. Y lo había hecho por pura omisión, por cobardía, simplemente no contestando esa última carta suya.

Durante los días siguientes me fue imposible evitar aquel asunto. Entre clase y clase, en el despacho de la cátedra, en mis paseos por la facultad, empecé a encontrarme por todas partes alumnas no del todo agraciadas y a preguntarme si la vida les habría dado disgustos como el que yo seguramente di a Michelle. O sí, tal vez, ese sería un episodio ligero en comparación con otras experiencias. Me di cuenta de cómo con los años esa cruel exigencia de la adolescencia ("Fulanita está muy bien" - "¡Qué dices! ¿Pero has visto que verruga tiene en el cuello? ¡Qué asco!") se relaja hasta el punto de llegar al extremo contrario en la madurez ("Zutanita no vale gran cosa, ya lo sé, pero tiene unos ojos muy expresivos y una voz maravillosa"). Es curioso y afortunado, pues de lo contrario unos y otras nos quedaríamos sin conocer muchos seres humanos extraordinarios por una absurda exigencia. Reflexioné mucho sobre este asunto. Comparé lo que ocurría en el mundo de ellos y ellas. Leí desde estúpidas revistas femeninas hasta tratados psicológicos de la adolescencia. También me puse en el lugar de Michelle: si ella no me hubiese contestado tras mandarle yo mi foto ¿qué habría pasado? Pero era un ejercicio inútil: nunca entendería el alcance de la ofensa sin ser mujer y sin ser feo.

En definitiva, no llegué más que a una conclusión: me había comportado con un auténtico patán. A partir de ahí tenía dos soluciones, o bien dejarlo como estaba y asumir cuán bajo podía llegar a caer, o bien tratar de rectificar ¿Pero cómo? Veinticinco años después resultaba un tanto disparatado tratar de localizar a Michelle para contarle que unas fiebres tifoideas me impidieron contestar, que luego mi familia y yo nos mudamos a Australia y que por una caída en moto había sufrido amnesia durante una década.

Todos los años voy a París para impartir en La Sorbonne un pequeño seminario sobre diferentes aspectos de la economía española. Suele ser a primeros de año así que la bruma gélida del Sena no me pilló desprevenido. No obstante, empezó a penetrar en mis huesos tras cinco minutos de contemplar aquel edificio sin saber qué hacer. Era una casa típica de vecindad de Neuilly (de tres plantas, blanca, con carpintería verde oscura), un pueblo, más bien un barrio, de clase media alta adosado a París por el noroeste. Estaba muy cerca del Instituto Español y me pregunté si eso tendría algún significado. Por esa puerta, me dije, habían salido las cartas que Michelle me envió tantos años atrás. Por fin me decidí y pulsé el botón del portero automático.

Diez minutos después salía de nuevo del portal. La madre de Michelle había sido muy amable, incluso había mostrado una confianza excesiva, propia de viudas con pocos alicientes en su vida. "Michelle vive en París, le voy a anotar la dirección y el teléfono. Ella viene a verme muy a menudo. Es una buena chica pero aún no se ha casado. Ya he perdido la esperanza. Ha tenido muchos amigos pero no les soporta mucho tiempo. ¿Usted la conoce mucho?". Tuve que inventarme una vía para que ella misma me diera la respuesta:

–Bueno, hemos coincidido algunas veces en España.

–¿En España? Sería cuando fue con Colette e Isabelle a Mallorca.

–Sí, justamente.

Si Michelle coleccionaba novios, lo mejor era dejar las cosas como estaban: no había ningún trauma del que pudiera sentirme responsable. Esa fue mi primera conclusión. No obstante, me acerqué a la dirección anotada por la señora viuda de Lesuisse, una callecita muy cercana a la Place de le Contrescarpe. Es un lugar recogido, una plaza pequeña habitada por una mezcla de gente de barrio de toda la vida y jóvenes de todo el mundo. Por supuesto, no pensaba llamar a su puerta, simplemente quería darle una oportunidad al destino para que me acercase hasta ella. Hay veces, muy pocas, que el destino es generoso. En el momento de llegar al portal la vi salir. Reconocerla fue fácil. En realidad había cambiado poco respecto a

la foto. El modelo de gafas era diferente, apenas se dejaba notar como una leve línea dorada bajo sus cejas, pero el pelo mantenía prácticamente el mismo corte y, como decía en su carta, era más bien bajita. Al verla salir por el portal me invadió una sensación mezcla de pavor y absurdo ¿Qué diantres hacía yo allí? ¿Qué pretendía con ello?

Michelle pasó cerca de mí y se dirigió con andares decididos y rápidos a uno de los cafés de la plaza. Se sentó en una mesa y pidió algo al camarero.

Pasé unos minutos ordenando mis ideas, tranzando una estrategia, inventándome un objetivo y convenciéndome de que tenía sentido. Finalmente entré en el café, ocupé una mesa contigua y adopté una pose de presunto turista con mi libro-guía de París en la mano. Pedí un café al camarero cuando éste trajo el de Michelle. Por fin me dirigí a ella en francés.

–Señorita, por favor, ¿podría decirme en qué museo de París puedo encontrar una buena colección de arte abstracto, aparte del Pompidou, claro? – pensé que no podría resistirse a una pregunta como esa, y acerté.

–Por supuesto. Puede ir al Museo de Arte Moderno, y al Museo Picasso, claro.

–Muchas gracias. Ya sabe que cuando hay un museo tan famoso como el Pompidou otros pasan desapercibidos. En Madrid tenemos el Museo de Arte Moderno Reina Sofía, ¿lo conoce?

–Sí lo he visitado hace unos meses. ¿Es usted de Madrid?

–Siempre he vivido allí, pero en realidad nací en Segovia. ¿Conoce Segovia?

–He estado allí. Me pareció increíble.

–¿Y el museo de arte abstracto de Cuenca? ¿Lo conoce? ¿Le gusta el arte abstracto? ¿Le molestaría que me sentara con usted?

Fueron demasiadas preguntas. Michelle dudó por un momento.

–Estoy esperando a una amiga y...

–Oh. No hay problema. Lo entiendo. Le agradezco mucho la información.

Casi me sentí aliviado cuando interrumpimos la conversación y nos dedicamos a simular una absoluta concentración en nuestros respectivos quehaceres: yo en hojear la guía, ella en mirar las musarañas. Sin embargo, esta vez fue ella la que rompió el silencio.

–También puede pasarse por las galerías de las calles cercanas al Pompidou. Si es usted coleccionista puede comprar cosas muy buenas por poco dinero. Por las tardes trabajo en una de esas galerías. Le dejaré mi tarjeta. Ahora tenemos una exposición de una pintora noruega excelente. Se llama Nora Estévez, es de origen argentino. Estoy seguro de que le gustará.

–Iré, naturalmente. No lo dude. Y le daré mi opinión. A propósito, me llamo Enrique.

Nuestra charla siguió durante unos minutos más de mesa a mesa. Luego se vio interrumpida por la llegada de la amiga anunciada.

Al día siguiente me pasé por la galería Villancourt poco antes de la hora de cierre. Estaba prácticamente vacía. Michelle no atendía a nadie en ese momento y me vio llegar con una sonrisa.

– Buenas tardes señor Enrique el español. ¿Visitó los museos que le indiqué?

– No todos. También tengo que trabajar de vez en cuando.

– Bien, si le parece puede ver la exposición y luego charlaremos.

Luego charlamos mucho, mucho tiempo. Primero paramos en un café cercano. Hablamos de arte, de la bohemia, de los marchantes, de París. Nuestra conversación iba ganando interés conforme aumentaba nuestra confianza. Llegamos incluso a discutir amablemente de algunos puntos de vista. Michelle era una gran conversadora y le gustaba ejercer de tal. Por mi parte tuve que expresar al máximo mis conocimientos de aquellos temas para poder mantenerme siquiera dignamente frente al nivel de los suyos.

Le propuse cenar juntos. Dudó un poco pero finalmente aceptó cuando le dije que me marcharía al día siguiente. Primero tuvo que cancelar una cita con unos amigos, lo que me hizo sentirme aún más halagado. Eligió un restaurante argelino más bien económico. Me advirtió que cada uno pagaría lo suyo y que eso era lo máximo que podía permitirse. No insistí. Durante la cena, conseguí llevar poco a poco la conversación hacia temas más personales. Así me enteré de que Michelle, en efecto, había llevado a cabo sus planes. Estudió Historia del Arte en la Sorbonne, dio clases al terminar la carrera en un instituto pero lo dejó a los dos

años. No estaba hecha para la docencia. Luego trabajó para diversas empresas. Ahora lo hacía por las mañanas en el departamento de exportación de una firma alemana –hablaba alemán– y por la tarde en la galería que había montado con dos socios y amigos. Lo que ganaba por la mañana lo perdía por la tarde, según sus palabras. Hubo un paréntesis de silencio que parecía especialmente preparado para hacer la pregunta.

– ¿Tiene novio, marido o algo parecido?

– No en este momento. Digamos que paso un periodo de transición. Hace un mes terminé una relación de dos años.

– Una cura de reposo, entonces -bromeé.

– Más o menos ¿Y usted? -dijo sin querer entrar en mayores confidencias.

– Puede decirse que estoy en el punto contrario. Salgo con una mujer desde hace poco tiempo; todavía no es una relación muy formal. Anteriormente estuve casado. Tengo una hija de seis años.

– ¿Vive solo?

– Sí. Por eso digo que no es una relación muy seria.

– ¿Por qué le quiere quitar importancia a su actual relación delante de mí?

La pregunta fue un tanto abrupta y así se lo hice notar.

– Es usted a veces demasiado...

– ¿Agresiva?...

– Cortante -dije en español mientras hacía un gesto que imitaba un cuchillo más bien. Simplemente no quiero que se lleve usted una impresión equivocada. Si quiere le explico con más detalle el tipo de relación que mantengo actualmente.

– ¡Oh, no! Lo siento, discúlpeme. No era esa mi intención. Pero dígame una cosa: ¿Por qué se dirigió a mí ayer en la cafetería? Sea sincero. París está lleno de mujeres preciosas, mujeres jóvenes, maduras, adolescentes, rubias, morenas, pelirrojas... y usted es un hombre muy atractivo. Sea sincero, no me asusta la respuesta.

Por unos segundos dudé acerca de la conveniencia de contarle definitivamente la verdad. Finalmente no lo hice. No quería echar por tierra todo lo que había construido, que no era otra cosa –justo en ese momento me di cuenta de ello– que un fugaz idilio que restituyera una lejana injusticia.

– Gracias por lo de atractivo. Sinceramente, como me pide, le diré dos

cosas. Primero, las mujeres excesivamente bellas me asustan y si son francesas me asustan aún más. Segundo, las mujeres muy bellas están siempre a la defensiva: uno no puede ir por la calle haciéndoles preguntas aparentemente inocentes. Y otra cosa más: le aseguro que mi pregunta era de turista, no tenía otras intenciones.

– No sé si creerle. Alguien que sabe lo que usted sabe de arte, que viene a París todos los años, es imposible que desconozca el Museo de Arte Moderno.

– Es usted muy suspicaz pero la explicación es sencilla. A mi ex mujer no le gusta el arte moderno: siempre íbamos al D'Orsay. Esta es la primera vez que vengo sólo a París en mucho tiempo. En cualquier caso, lo que me parece es que a usted le cuesta creer que los hombres puedan interesarse por mujeres que no sean de una belleza destacable.

– Al menos en un primer momento suele ser así. No lo niegue.

– Michelle, voy a decirle algo que quizás le resulte no del todo agradable. ¿Está dispuesta?

– Adelante -contestó perdiendo la relajación.

– La primera vez que la vi, cuando entré en el café, no me llamó usted la atención. Ni siquiera reparé en si era guapa o fea. Sólo me preocupaba que me contestase. Después, cuando le hice la pregunta y empezamos a hablar pensé: es fea, inteligente, sensible, tiene una voz preciosa, es francamente interesante. Eso fue lo que pensé. ¿Debo pedirle perdón?

– En absoluto. Tengo edad suficiente como para saber cuáles son mis limitaciones, aunque, ciertamente, una conversación como esta no la he tenido jamás ni con mis amigos más íntimos y eso se lo agradezco. Hace veinte años podría haberme destrozado. Estas cosas me dolían mucho. Una se acostumbra a oír a sus padres repitiéndole todo el tiempo lo guapa que está y todas esas cosas que nos dicen cuando somos niños. A usted seguro que también se las dirían, pero luego con once o doce años no tuvo que enfrentarse a la realidad. Puedo asegurarle que resulta realmente duro. Afortunadamente, hoy puedo decirle que apenas me importa. Es verdad que siendo fea no es fácil acceder a los hombres por los cuales una se siente atraída, pero eso le pasa también a una gran cantidad de mujeres guapas que conozco. Y ser guapa también tiene inconvenientes. Me imagino llegando a un *party* y a todos los hombres presentes mirándome como un objeto a conquistar y, verdaderamente, me horroriza –rió al final en un estallido que sirvió

para romper la indudable tensión que se había creado entre los dos.

– La entiendo. Puede ser que yo haya sido muchas veces uno de esos hombres. Pero olvidemos este asunto ¿No le parece?

A pesar del frío, dimos un largo paseo hasta Trocadero. "Sé que es un capricho de turista, pero me gustaría ver la Torre desde la plataforma". Michelle accedió a acompañarme. Mirábamos brillar la vieja dama abierta de *pierans*, ella delante de mí y yo con las manos sobre sus hombros. Permanecimos en un silencio pactado. Ella giró su cabeza hacia mí y la besé. Después giró el resto del cuerpo y nos estrechamos. Era bastante incómodo. Tomé su mano y la llevé a la escalera. Con tres escalones de diferencia el beso y el abrazo mejoraron mucho. Después pedimos un taxi hasta su apartamento. Ella me invitó a subir.

A la mañana siguiente oí que se levantaba y comenzaba a prepararse para su jornada. Yo quise incorporarme. "Sigue en la cama por favor. Tu avión no sale hasta mediodía y a mí me horrorizan las despedidas". "Por favor", repitió. Obedecí. Al rato sonó la puerta al cerrarse y luego dejé de escuchar. Cuando desperté de nuevo la luz que se esforzaba en entrar por la ventana permitía vislumbrar el esquemático apartamento. Una pieza salón-cocina-dormitorio y un baño. Al menos la calefacción era buena. Me desesperé. Había una taza con un sobre de café soluble y un cazo con agua en la cocina. Las cerillas muy a la vista. Pero también había una hoja de papel doblada por la mitad. En la cara visible se leía: «Instrucciones de uso. Primero, encender el fuego. Segundo, calentar el agua. Tercero, disolver el café y añadir la leche a su gusto. Cuarto, abrir la ventana. Quinto, sentarse a leer el interior de esta hoja de papel».

Seguí el orden recomendado rigurosamente.
«No sé si habrás seguido el orden y probablemente no lo sabré nunca, pero si tuviera que apostar, apostaría por que sí lo has hecho.

»Querido Luis, alias Enrique:

»Luis sí (te gustan los nombres de reyes ¿no es cierto?). Luis Olavide. Calle

Santa Hortensia 25, sexto A. Madrid. No te sorprendas. Ayer por la mañana me llamó mi madre y me preguntó si un español se había presentado por aquí o me había telefonado. Le dije que no, pero que había conocido uno en una cafetería y que su cara me resultaba vagamente familiar. Ella te describió y llegamos a la conclusión de que ambos erais la misma persona. Estuve largo tiempo dándole vueltas hasta que me acordé de ti. Al salir del trabajo me fui a casa de mi madre y busqué tus cartas. Finalmente las encontré. Y también encontré tu foto y ya no me quedaron dudas sobre tu identidad.

»Sobre otras cosas, las sigo teniendo todas. La principal: ¿Por qué me has buscado tantos años después? Las secundarias ¿Por qué he seguido tu juego? ¿Por qué me he acostado contigo?

»Te confieso que en aquella época llegué a enamorarme un poco de ti. Incluso cuando mis amigas se rieron de tu foto (francamente, eras un desastre plagado de granos, aunque has mejorado con los años) te defendí con todos mis argumentos. Luego no contestaste la carta en la que te enviaba mi fotografía y mi orgullo me impidió insistir. No te preocupes, no sufrí demasiado. Ese mismo mes había conocido a un chico que me volvía loca y quería estar libre en todos los sentidos, si bien luego resultó ser un completo imbécil. Ya sabes....

»No sé si con todo esto has querido saldar alguna vieja deuda, liberar tu conciencia o algo semejante. Tampoco sé si te ha faltado valor para decirme quién eras o si ya lo habías decidido así en tus planes. Te confieso que a mí sí me faltó valor para llevar a cabo los míos: Pensaba montarte una escena y mandarte bien lejos pero, he de reconocerlo, lo hiciste muy bien: la charla, la cena, las mentiras sobre lo que pensaste cuando me viste en el café. Me decía a mí misma: sigue, a ver hasta dónde es capaz de llegar. Y por otro lado ¡Santo Cielo! una no tiene todos los días una oportunidad de vivir una historia como esta.

»En cualquier caso, la de ayer fue una velada magnífica. El mes que viene iré a Madrid aprovechando unas fiestas. Tengo que ver a algunos artistas españoles que nos interesan para la galería. Si quieres que nos veamos anota aquí tu teléfono. Si no quieres, no te preocupes en absoluto. Todo va bien para ti y para mí.»

Durante unos instantes reflexioné sobre el destino, un concepto anticuado pero mucho más atractivo que la estadística. ¿Cuántas posibilidades había de que

eso hubiera sucedido? Mirándolo a la luz de la estadística, prácticamente ninguna. Mirándolo a través del viejo *fatuum*, por supuesto que todas.

Recordé desde el instante en que contemplaba las cajas en mi apartamento hasta la dulzura sublime de sus caricias en esa pequeña cama-sofá-arcón. Suspiré profundamente. Apuré el café y escribí mi número de teléfono en cifras de todos los tamaños y todas las veces que hizo falta hasta rellenar el último milímetro cuadrado del papel.

Naturalmente, fue en vano.